

Antón Costas

# Economía ética

Los economistas y los responsables de la política económica (*policy-makers*) no tienen muy buena reputación pública en los últimos años, aunque eso no les haya restado influencia. Las razones son el no haber sabido prever la crisis del 2008 (“Si son tan listos, cómo no vieron la crisis”, preguntó la reina de Inglaterra a los economistas de la prestigiosa London School Economics) y el apoyo que han dado a las políticas de austeridad y devaluación de salarios que han castigado duramente a los más débiles. De ahí la percepción de que la economía está reñida con la ética.

Algo de razón tienen. Economistas y *policy-makers* han olvidado las dimensiones morales de las políticas. De hecho, la pregunta que se hacen no es si una política es buena o mala, sino si es eficaz.

Però ¿eficaz respecto de qué? Los economistas asocian el término *eficaz* a cosas como reducir el déficit y la deuda o aumentar el crecimiento (PIB). En raras ocasiones lo vinculan a objetivos como reducir la desigualdad, disminuir la pobreza o lograr la igualdad de oportunidades en el empleo o el acceso a bienes públicos básicos como la educación o la sanidad.

Entiéndame bien, no estoy acusando a mi profesión de ser insensibles al deterioro de las condiciones de vida de la población. Sencillamente, creen en la *teoría del rebose*: piensan que si se reduce el déficit y aumenta el crecimiento, acabarán beneficiándose tanto los ricos como los pobres. Pero las cosas no funcionan así.

¿Por qué los populismos están ganando el favor electoral de los perdedores de la crisis? Porque la pregunta que plantean no es si las políticas son eficaces, sino si son buenas o malas. Es decir, introducen consideraciones éticas. Pero los economistas y *policy-makers* consideran que todos los populismos caen en el buenismo y no toman en consideración las restricciones financieras.

¿Realmente la efi-

A. COSTAS, catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona

ciencia de las políticas está reñida con su dimensión ética? La respuesta a este dilema ha ido cambiando a lo largo de los últimos 250 años. Los clásicos consideraron que la economía estaba íntimamente vinculada a la filosofía política. Pero en el periodo neoclásico, la época dorada del capitalismo industrial oligárquico y de las monarquías imperiales de finales del XIX (la belle époque), la economía se desprendió de consideraciones morales y pasó de llamarse economía política a simplemente economía.

Sólo después de los acontecimientos dramáticos de la Primera Guerra Mundial,

**Si los grandes partidos saben integrar de nuevo la dimensión ética, los populismos irán perdiendo el apoyo que tienen**

la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial la economía volvió a recuperar su dimensión moral. Economistas como John M. Keynes o William Beveridge desempeñaron un papel esencial en esa recuperación. De hecho, las políticas de inspiración keynesiana y beveridgiana trajeron cuatro décadas de crecimiento, empleo y estabilidad financiera en las que el capitalismo liberal se reconcilió con la igualdad y la democracia.

Las cosas, sin embargo, viraron a finales de los años setenta. Una serie de circunstancias económicas y políticas favorables (reducción de la inflación y caída del muro de Berlín) crearon un clima de optimismo arrogante y dogmático en el pensamiento político económico que de nuevo alejó a la economía de la ética. Un artículo del economista norteamericano Arthur Okun publicado en 1974 fue determinante a la hora de establecer el dilema entre eficiencia y equidad. De esta influencia da noticia, por ejemplo, que el premio Nobel Robert Lucas, uno de los economistas más influyentes del último tercio del siglo pasado y primera década de este, declarase un poco antes de la crisis del 2008: “De las tendencias más dañinas para una economía sana, la más seductora, en mi opinión más venenosa, es poner el foco en la distribución (...)”. Y seguía diciendo: “El potencial para mejorar la vida de la gente está en aumentar la producción” (la eficiencia).

Però la crisis ha traído una verdadera revolución intelectual en la relación entre eficiencia y distribución. Los trabajos empíricos llevados a cabo en el FMI (J.D. Ostry y colaboradores) y los de Agnus Deaton, premio Nobel 2016, significan un giro de 180 grados. Una menor desigualdad no sólo no daña el crecimiento, sino que lo hace más rápido y más durable. Y excepto en casos extremos, la redistribución del pastel no reduce su tamaño, sino que lo aumenta.

Estas nuevas ideas tardarán en permear las políticas. Los economistas y *policy-makers* han sido edu-

cados en el *trade-off* entre eficiencia y equidad. Falta por escribir una nueva ética para economistas.

Si los grandes partidos tradicionales, tanto los liberal-conservadores como los socialdemócratas, saben integrar de nuevo, como se hizo en el periodo de posguerras, la dimensión ética en sus políticas, los populismos irán perdiendo el apoyo con el que cuentan ahora.

En cualquier caso, una cosa ha quedado clara: la economía no está reñida con la ética.●



IGNOT

Pilar Rahola



## Barcelona, 'out'

Crees que ahora nos darían unos Juegos Olímpicos? La pregunta la formula Basqué a las puertas del plató de Cuní. El día ha sido denso de informaciones abruptas, colofón de una semana y meses esperpénticos que han conducido al país por un Dragon Khan delirante. Cuando un historiador extranjero tenga la ocurrencia de escribir sobre el proceso catalán, tendrá dificultades para entender cómo, con todo a favor, lo tiramos por la borda. Ojalá me equivoque, pero cada día que pasa es más difícil imaginar que culminemos el viaje a Ítaca con estos aliados cuperos en la sala de máquinas. Más bien se dedican a abrir vías de agua en el barco y no hay duda de que pueden hundirlo.

Però si el viaje del proceso es muy azaroso, la capital de Catalunya no disfruta de un exceso de juicio. Después de un año de flamante llegada de los salvadores del pueblo, enfundados en la feliz pancarta del “lo cambiaremos todo”, el resultado no parece una revolución, sino una gran chapuza. Durante este año no se ha resuelto ningún conflicto, sino al contrario: se han enquistado y han empeorado todos. En el mismo periodo hemos pasado de una alcaldesa que lucharía contra las “mafias” socialistas y las multi-

**Un año de salvadores del pueblo y el resultado no parece una revolución, sino una gran chapuza**

nacionales a pactar con el PSC y firmar contratos multimillonarios con Florentino. Y mientras tanto los maridos y parejas antisistema de los dirigentes antisistema encontraban cobijo laboral en el pérfido sistema, lo cual es una eficaz manera de luchar contra el paro. Claro que es la misma gente que sacó la foto del Borbón y meses después fue a la Copa del Rey a estrecharle la borbónica mano. Ni proyecto, ni decisiones serias, ni ninguna imagen de cambio real, a excepción del aumento de la retórica populista, bien empapada de la demagogia pertinente. El gobierno Colau no ha demostrado ninguna capacidad de liderazgo, a excepción de algunas decisiones improvisadas tan erráticas –manteros, turismo, Mobile...– que han tenido que rectificar corriendo.

Però lo peor tenía que llegar y ha estallado en Gràcia. Ciertamente, veníamos de un alcalde que había comprado, con dinero público, la “paz social” con los okupas –es decir, había aceptado un chantaje– y parecía que no se podía empeorar. Pero llega Colau y tiene tiempo de cometer todos los errores sumados: falta de autoridad, demonización de la policía, coqueteo (inútil) con los okupas, traspaso del problema a los vecinos, mensajes contradictorios y una incapacidad tan evidente de avistar alguna solución que hemos pasado de criticar a Trias por el alquiler a querer comprar el local para regalarlo a los okupas, y todo en el mismo día. No tienen ni idea de qué hacer, ellos que tenían todas las ideas. El problema es que este vacío de proyecto no sólo se proyecta sobre el conflicto de Gràcia, sino sobre toda la ciudad. Era cierto, pues, que lo querían cambiar todo, pero ¿hacia falta que se cargaran también el sentido común?●

Nolasc Acarín

# Violencia

La foto de Otegi recibido con honor en el Parlament crea desazón. No es un representante elegido por el pueblo ni un científico o un artista relevante. Es una persona vinculada a años de violencia, de la que no se ha retractado. Otra cosa es haber cumplido condena. La mayoría de los 829 asesinatos de ETA tuvieron lugar tras la promulgación de la Constitución, cuando España ya era un país democrático y Euskadi tenía gobierno propio. Muchos tenemos amigos o conocidos asesinados por ETA; en mi caso recuerdo a cinco personas, dos de ellas activos compañeros de la lucha antifranquista.

Entre 1960 y 1980 estuve trabajando políticamente con el PSUC, promoviendo estudios, reuniones, análisis y agitación a fin de

acabar con la dictadura, para mejorar las condiciones de vida, de trabajo, de salud de la población y la autonomía de Catalunya. Lo vamos consiguiendo, aunque más lentamente de lo que entonces creíamos. Pero siempre fuimos beligerantes contra la violencia y la lucha armada. Organizamos un dispositivo clandestino de atención médica a los heridos por torturas o disparos de las fuerzas de la dictadura en asambleas de CC.OO. o de estudiantes. En una ocasión, un fraile acudió a mí para que atendiéramos a un etarra herido que tenían en el convento. Me negué a colaborar y recomendé que lo llevaran al hospital, asumiendo su culpa. El herido lo era a consecuencia de un tiroteo en un secuestro. Siempre estuve en contra de la pena de muerte. El poder que se logra con la violencia conduce siempre a la corrupción y a la dictadura.

Aun soñando en la utopía, sabíamos que no

debíamos tener prisas. Fue una escuela de ciudadanía, donde aprender a hacer política, a convencer, a separar el grano de la paja. Aprendimos el valor de la norma y del trabajo político en un colectivo plural. El objetivo era convencer a miles de ciudadanos de que había otra forma de vida mejor que bajo el franquismo, y a su vez lejos del desastre de la Guerra Civil. Pensar que asesinando a un guardia o un concejal se va a cambiar el mundo es una insensatez inútil, además de perversa. Algunos debieran revisar sus opciones a lo largo de estos años. Si es así, seré el primero en recomendar la reconciliación con las víctimas de su locura. Lo escribí hace años: es “tiempo de obispos”, pues todos se reclaman de raíces católicas, unos deben retractarse y otros deberán perdonar. El objetivo es que entre todos logremos la paz, una democracia mejor y exterminar la violencia.●

N. ACARÍN, doctor en Medicina y neurólogo